

PRIMAVERA EN EL AMPURDAN

DECIDIDAMENTE esta bienhadada tierra del Ampurdán es país de mucho mito, tiene, como diríamos ahora, mucho cuento. Y aquellos agoreros hombres de mar que nos trajeron, según la narración de Brunet, más quizá sus supersticiones que sus endebles creencias en los dioses, al internarse un poco y tomarle amor y afición al ubérrimo y agradecido terruño, conservaron sin duda, a través de su nueva y más arraigada fe cristiana —téngase presente que el gran apóstol Pablo tomó tierra en Ampurias, en cuyas ágoras marmóreas y caminos bordeados de tamarindos sembró por primera vez en la Península la palabra de Cristo— aquel espíritu y aquella carne que hemos heredado para saber mantener una tradición imperecedera. Ya son las Brujas de Llers que hacen revivir las furias, o la Danza de la Muerte de Verges que nos sorprende con atávicas adherencias, de tan honda raigambre, que se confunde con los atisbos de reminiscencias indicetas incoercibles. Ya es el esponjoso y pródigo paisaje de Cabanes, entre cipreses y cañaverales, arces y alfalfares, que hace resucitar, como Osiris en forma de auto de fe cristiana, la insubordinable paganía de la primavera tal como debió ser antes de la predicación paulina.

Cabanes es un vetusto villorio en la vega del «flumaire» o río Sambuca, que hubo de dar en romance «Sa Sabunga» que por metátesis y apócope degeneró en la Muga, el río que recibe aguas del Canigó y el artículo femenino a semejanza de sus hermanos roselloneses. Y siempre he tenido para mí que fué este lugar el oasis elegido por la sirena y el pastor maragalliano para plantar su primera choza o «cabana», que adquirió, con el rodar de los días, la categoría de la pluralidad y la mayúscula. Circular como su impresionante torre medieval, una sardana de cuerdas y estacas forma marco en la plaza, donde extiende su sombra plateada un gran plátano, seguramente de los llamados de la libertad, como en tantos pueblos y villas de esta comarca tocada con el atuendo verbalista de un federalismo retórico y pintoresco.

Es la fiesta presidida por la advocación de San Isidro, y saliendo de Misa Mayor, los celadores, con luengas perchas de caña en la mano y pintorescos chalecos de fantasía, hacen hueco a la pasacalle y la «cobla» avanza al son de una irónica tonadilla:

«San Isidre, Zidre, Zidre,
Sant Isidre llaurador».

Pensamos irresistiblemente en Francisco Pujols y en la satisfacción que rezumaría el poeta filósofo de Martorell, que podría ser autor, casi, del autosacramental con ribetes de farsa que acto seguido se representa en la plaza.

Tras los músicos se para la carreta tirada por dos vacas pardas. En defecto de bueyes, cuya mutilación vergonzosa ha caído en desuso, se ha querido conservar, por lo menos, la capa de los nobles astados, y en el llano ya no se hallan sino vacas más o menos holandesas, manchadas de blanco y negro como monumentales golondrinas y se ha tenido buen cuidado de alquilar una yunta de antiguos rumiantes del país refugiados en las montañas de Sant Climent.

Y empieza el diálogo y la acción. Dos mozos de labranza con bucólicos sombreros sobrecargados de flores extraen a San Isidro de una auténtica cabaña de enramada que viene montada sobre la carreta anacrónica, y pasando bajo un arco triunfal de fresnos, introducen en el gran escenario de la

plaza el buen Santo tiritando de frío. Le encienden un fuego de pajas y el patrón de los madrileños se calienta y se recobra, dando a los zagales una seculenta geórgica de cómo se labra un campo, les ordena «el cavall» y «l'escurada» y señala los hitos. Uno empuja la mancera, y otro, con técnica de excelente sembrador, esparce la simiente, una lluvia parda de piñones, alegoría, sin duda, de la anhelada y lenta repoblación forestal que el Estado viene llevando a efecto en nuestra incomparable y desértico litoral de la Costa Brava.

Pero los mozos descansan pronto del rigor del trabajo y le piden al santo labrador aumento de mensualidad. Isidro se defiende con inútiles razones: los impuestos que gravan la agricultura son muy elevados y, aunque no niega la carestía de la vida, les advierte pater-

nalmente que si tiran demasiado la cuerda se romperá.

— «¿Quant voldrieu guanyar, doncs?»

— Trescentes.

— ¿Trescentes pessetes?

— No. Trescentes monedes de «duro».

El santo se niega y los obreros se alejan. El provento varón hace sus oraciones e implora las fuerzas que ya le abandonaron, y empuña la mancera. Pero cae, vencido en su empeño. Llama otra vez a los mozos.

«Mireu, que jo ja em poso a la raó». Pero los mozos porfían y se alejan por segunda vez.

Vuelve el santo a la tarea,

pero desiste definitivamente y se amolda a la dura lección de las exigencias sociales. Es una escena de un realismo patético, muy actual, y no exento, como todas las cosas del país, de una sana ironía que provoca tenues risas y sabrosos comentarios.

Los mozos se quejan, y esta vez de hambre, e Isidro excusa la tardanza de «la Rebostera» que llega al fin, precedida de los ministriles, al son de la consabida tonadilla, que parece arrancada de unos «goits» extraviados en el olvido. Es una hermosa y esbelta virgen de dieciséis años, ricamente ataviada de payesa, que lleva en su cesto florido pan y tortillas abundantes para músicos y actores, servida por unos graciosos pajes a los que la barretina atribuye un cierto aire de alegres jilgueros, y entre todos sirven a los invitados, y les pasan un monumental porrón que, puedo dar fe, contiene el mejor caldo del Ampurdán.

La pieza, literariamente, no tiene desperdicio, y debido a la prosa empleada, el texto se ha quedado un poco flotante, a merced de los excelentes dotes de improvisación del protagonista José Reverter, y a la belleza racial, impresionante, de «Marguerida» la Rebostera, y al cuidado y cultura del alcalde, que ha remozado el espectáculo, suprimido en tiempos de la república y la revolución.

— Le felicito a usted además —le dije al alcalde— porque ha sabido elegir una muchacha tan hermosa.

— Muchas gracias —me contesta halagado el primer magistrado de Cabanes, señor Tuebols—. Sepa usted que la niña es mi hija Mariángela.

¡Cuántos siglos, y acaso milenios reviven en la sangre y en la guirnalda de los brazos de canéfora de esta figura de Tanagra! Porque no creo equivocarme si afirmo que la representación es una pervivencia de las fiestas del inicio de la primavera, a las que la figura inefable de San Isidro, tan acorde con la simplicidad rural, hubo de ser añadida en época reciente.

Carlos FAGES DE CLIMENT



En esta mansión de Cabanes nació y murió el ilustre astrónomo, Antonio Ribas de Conill.